

Cuando el poder de Dios es desatado

(3.14–21)

Pablo era un hombre de oración. Permitted que le escucháramos por medio de sus cartas cuando oraba en privado, y aprendemos algo acerca de la intensidad con la que oraba.

Al llegar al final del capítulo 3, por segunda vez en esta carta, Pablo habló de las necesidades por las que estaba orando. En 1.15–23, su interés era por comprensión, ahora era para que fuera utilizada. Anteriormente, oró para que los efesios comprendieran la posición de ellos ante Dios. Ahora, oró para que experimentaran el poder que se obtiene de estar en esa posición.

Pablo quería que Dios encendiera el poder espiritual en la vida de todo cristiano y deseaba que el poder se diera en proporción a (literalmente, «conforme a», no «de») las riquezas de Dios. ¿Cuán rico es Dios? ¡Más rico de lo que necesitamos! ¡Dios tiene una cantidad ilimitada de poder espiritual para nosotros, el cual espera ser liberado!

¿De qué manera podemos cooperar con Dios para hacer que todo Su poder sea liberado en nuestras vidas? Varias características tienen que existir en la vida de un cristiano para que la oración de Pablo sea contestada.

FUERZA INTERIOR PARA HACERLE FRENTE A LOS CONFLICTOS

«... para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu» (3.16). Pablo no estaba orando pidiendo poder para el servicio. Eso vino luego. Más bien, la oración de Pablo era para que estos cristianos tuvieran fuerza interior para hacerles frente a los conflictos. La verdadera batalla de la vida espiritual se libra internamente, antes de librarse externamente.

De acuerdo a Romanos 7, Pablo sabía acerca de este problema de forma personal. Deseaba hacer lo correcto en su hombre interior, sin embargo, en su lugar hacía el mal que no deseaba hacer. Tenía los deseos correctos, sin embargo, carecía de la fuerza interior para llevarlos a cabo. En Romanos 7.24, 25a, clamó: «¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro».

En Romanos 8, dio la razón de tal agradecimiento. Había aprendido el secreto de cómo obra el Espíritu Santo en las vidas de los cristianos, pues

dijo: «... para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu» (vers.º 4).

Como cristiano, usted vagará derrotado en su hombre interior hasta que se rinda ante el Espíritu de Dios y viva en el poder de Su fuerza. Cuando nació de nuevo, recibió el Espíritu de Dios (Hechos 2.38) y su cuerpo se convirtió en un templo del Espíritu Santo (1ª Corintios 6.19). A pesar de que vive dentro de usted, no le fortalecerá más de lo que usted se rinda ante Él. Por ello es que las Escrituras están llenas de advertencias como las siguientes:

No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu (5.18).

Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne (Gálatas 5.16).

No apaguéis al Espíritu (1ª Tesalonicenses 5.19).

Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios... (4.30).

El Espíritu está presente en nuestros corazones. Desea fortalecernos con poder en nuestro ser interior. Primero tenemos que rendirnos ante Él; tiene que tener el control de nuestras vidas.

¿Cómo le damos de forma consciente el control de nuestras vidas al Espíritu de Dios? Llene su mente con Su Palabra, el manual de instrucciones del Espíritu. Colosenses 3.16 dice: «La palabra de Cristo more en abundancia en vosotros». Sature su alma de ella. Sumerja su mente en los principios y conceptos del Espíritu Santo. David dijo: «En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti» (Salmo 119.11).

A medida que guardemos la Palabra en nuestros corazones, el Espíritu podrá comenzar a tomar el control del proceso de nuestro pensamiento. Cuando enfrentemos cada decisión, Su Espíritu puede entonces traer a nuestra mente los principios y conceptos que tenemos que utilizar en la toma de esa decisión. Cuando escogemos hacer lo que honra la guía del Espíritu, lo estaremos honrando y al mismo tiempo estaremos fortaleciendo nuestros músculos espirituales. Nuestro ser interior se hace un poco más fuerte.

UNA RELACIÓN MÁS PROFUNDA CON CRISTO

«... para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones» (3.17). Pablo oró para que los cristianos experimentaran la fuerza interior a fin de que pudieran experimentar otra realidad en sus vidas.

Ciertamente, Cristo ya estaba en los corazones de estas personas, pues Pablo ya se les había dirigido como a «santos» (1.1). Pablo deseaba que pudieran tener una relación más profunda con Cristo. Deseaba que tuvieran una comunión con Jesús que hiciera que Este estuviera más cómodo en sus corazones. Ello sucede a medida que vayamos sacando de nuestras vidas los pecados.

Observe cómo transcurre la oración de Pablo. En primer lugar, recibimos la fuerza interior al permitir que el Espíritu nos guíe en nuestras decisiones, acciones y palabras. Cuando esto ocurre, nuestros músculos espirituales crecen y tendremos la fuerza para decirle no al pecado más a menudo. Entonces, a medida que la frecuencia del pecado disminuye y le damos un control más cómodo de nuestras vidas a Cristo, Este se establecerá más firme en los tronos de nuestros corazones.

En Juan 14.23, Jesús les dijo a Sus discípulos: «El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él».

La obediencia es la clave para que Jesús more permanentemente en nuestros corazones. Donde el Rey habite de forma segura en Su trono, será libre de ejercer plenamente Su poder en las vidas de Sus súbditos.

EL AMOR HACIA LOS DEMÁS

La oración de Pablo incluye este sentir: «... a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (3.17–19).

El sello distintivo del carácter de Dios lo constituye el amor. Cuando Cristo se establece en nuestros corazones para gobernar nuestras vidas, entonces mostraremos Su amor para con los demás. Es el amor que nos hace desear hablarles la verdad a nuestros vecinos. Es el amor que lleva al ladrón a dejar de robarles a los demás. El amor que hace que el cristiano renuncie a su inmoralidad sexual. Es el amor que mueve a una mujer a someterse a su marido, y es el amor que mueve a un marido a cuidar de su esposa como a su propio cuerpo.

Si decimos ser cristianos, pero el amor no es el fundamento de nuestros estilos de vida, entonces Cristo no está establecido en nuestros corazones.

Gálatas 5.22, 23 dice que cuando andamos en el Espíritu, Este producirá ciertos frutos en nuestras vidas —y el primero que se menciona es el amor. A medida que Jesús se sienta a gusto en nuestros corazones, Su amor comenzará a manifestarse en nuestros pensamientos, acciones y palabras.

Solamente cuando estemos arraigados y cimentados en el amor es que podemos comenzar a comprender cuán inconmensurable es el amor de Cristo. ¿Cuán ancho es el amor de Cristo? Lo suficientemente ancho como para abarcar a todas las personas y hacerlas una. ¿Cuán largo es el amor de Cristo? Comenzó atrás en la eternidad y va hacia adelante a la eternidad; jamás cesa. ¿Qué tan profundo es el amor de Cristo? Lo suficientemente profundo como para sacar al pecador más corrupto del más vil de los abismos del pecado. ¿Qué tan alto es el amor de Cristo? Tan alto como para elevarnos a los cielos y sentarnos con Cristo mismo a la diestra de Dios.

Nada en el universo entero está fuera de Su amor. No hay una sola persona fuera del alcance del amor de Cristo. Cuando comencemos a experimentar esa clase de amor, ¡estaremos preparados para liberar el poder divino en nuestras vidas!

CUANDO SOMOS LLENADOS POR DIOS

«... para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios» (3.19). ¡Qué palabras más increíbles! El Dios que todo lo llena y de todo me quiere llenar. ... ¡Desea venir y vivir en mí! Desea que Sus atributos, Su carácter y Su persona me llenen hasta el límite de mi humanidad.

Dios jamás ha estado interesado en otra cosa que nos sea la plenitud total de Su pueblo (vea 1.23; 4.13; 5.18). Donde Dios llena la vida de Su pueblo según la capacidad de cada quien, ahí le da rienda suelta a Su poder de una manera nunca antes vista.

¿Qué quiso decir Pablo con la «plenitud de Dios» en Su pueblo? Supongamos que llevo un vaso al lago y lo lleno de agua. No tengo el lago en el vaso; el lago sigue ahí y jamás percibirá que le falta ese vaso de agua. Al mismo tiempo, tengo la plenitud de ese lago en el vaso. Es una plenitud integral. Todos los ingredientes que conforman el agua en ese lago también están en mi vaso. Si hay contaminación en el lago, también la hay en mi vaso. ¿Hay sustancias químicas en el lago? También están en mi vaso. Todas las características esenciales del lago se encuentran en mi vaso.

Cuando somos llenos de Jesús, la plenitud integral de Dios está en nosotros. Puesto que Dios es amor, un cristiano lleno de la plenitud de Dios expresará amor. Puesto que Dios es misericordioso,

el cristiano que experimenta la plenitud de Dios mostrará misericordia para con los demás. Puesto que Dios es santo, el cristiano que ha sido lleno por Dios mostrará la santidad en su vida diaria.

Experimentar la plenitud integral de Dios quiere decir que tenemos las cualidades de Dios dentro de nosotros en menor medida, para que, como parte del cuerpo de Cristo, podamos reflejar al mundo cómo es Dios. A medida que reflejemos la imagen de Jesús ante una sociedad impía, Dios libera Su poder divino por medio de nosotros.

PODER PARA NUESTRAS VIDAS

«Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros» (3.20). Pablo parecía quedarse sin modificadores para describir a Dios y el poder que tiene para todo cristiano.

Y a Aquel que *es poderoso* para hacer...

Y a Aquel que es poderoso para hacer [...] *lo que pedimos...*

Y a Aquel que es poderoso para hacer [...] *lo que pedimos o entendemos...*

Y a Aquel que es poderoso para hacer [...] *más abundantemente* de lo que pedimos o entendemos.

Y a Aquel que es poderoso para hacer [...] *mucho más abundantemente* de lo que pedimos o entendemos.

... según el poder que actúa en nosotros.

Dios no nos pide caminar con nuestra propia fuerza ni poder. Él, que nos ha elegido, redimido y sellado; Él, que nos ha resucitado de la muerte espiritual y sentado a Su diestra, completa lo que ha comenzado dándonos el poder que necesitamos para enfrentar la vida. ¡No hay límite! Su poder para nuestras vidas es inagotable.

CONCLUSIÓN

¿Por qué pone Su inagotable poder en nuestras vidas? Dios desea ser glorificado. «... a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén» (3.21). Desea que las personas vean cuán bueno y grande es Él en realidad. La gloria será de Él cuando Su poder se vea actuando en la vida de la iglesia.

Chris Bullard

Autor: Chris Bullard
©Copyright 2012, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados